

---

## SEGUNDA PARTE.

---

### PREROGATIVAS DEL OBISPO DE ROMA.

---

#### INTRODUCCION.

¿Has examinado bien, querido Teófilo, esta Iglesia de Roma, cuya divinidad te acabo de probar? *Sociedad una*, pues reúne en una sola y misma comunión todas las Iglesias particulares; *sociedad santa*, que tanto en nuestros tiempos como en los antiguos, engendra para el cielo una multitud de elegidos; *sociedad católica*, que señala su existencia en todas las partes por donde pasa por sus inmensos beneficios; *sociedad apostólica*, que por la no interrumpida cadena de sus pastores se remonta hasta el divino Fundador de la Religión cristiana.

¿No reconoces en estos nobles rasgos la verdadera Esposa de Jesucristo, la madre y señora de todas las demás Iglesias, el centro de unidad católica, al cual debe todo cristiano estar sujeto y unido, si no quiere que caiga sobre él el sello de la eterna reprobacion; porque fuera de esta Iglesia no hay perfecta verdad, y fuera del círculo de deberes que nos prescribe no hay salvacion?

Es, pues, de suma importancia, querido amigo, que te enteres bien del jefe que gobierna esta Iglesia, para precaverte contra las falsas doctrinas que se han desencadenado con una rabia diabólica contra la autoridad del *Papa*<sup>1</sup>. El desprecio que han manifestado por una autoridad que tan sagrada se ha presentado á todos los siglos, se ha, digámoslo así, connaturalizado con todos los enemigos de la Religion. Todos los herejes, todos los filósofos, discordes entre sí sobre muchos puntos, en uno solo

<sup>1</sup> *Papa* es una palabra griega que significa *Padre*; antes se daba este título á todos los obispos, pero la costumbre lo ha limitado de muchos siglos á esta parte al solo obispo de Roma.

concuerdan, á saber: *en el odio contra nuestro Sumo Pontífice, y contra la Iglesia de Roma....*

No seamos nosotros así, querido hijo, antes al contrario, juremos una ciega obediencia, y una adhesion eterna á esta cátedra de san Pedro, de la cual parten los rayos bienhechores del sol de justicia que alumbra al mundo; á esta indestructible *silla*, contra la cual vienen constantemente á estrellarse las puertas del infierno; á esta misteriosa *nave* que, agitada sin cesar por los vientos y las tempestades, no será nunca sumergida, y con cuya ayuda podemos estar seguros de llegar al puerto de la eterna bienaventuranza, en donde *consumados en una cosa con Dios*, formaremos, bajo el cayado del soberano Pastor de nuestras almas, *una sola y misma sociedad*, en el seno de la cual reinará *la verdad pura, la caridad perfecta, y la eterna felicidad.... Et fiet unum ovile et unus Pastor* ( *S. Juan x, 16* ).

## CAPÍTULO PRIMERO.

### **De la supremacia espiritual del Papa, obispo de Roma.**

Tenemos ya probado en el anterior tratado que Jesucristo habia dado á su Iglesia un jefe supremo, en la persona de san Pedro, y que esta primacia de honor y de jurisdiccion debia necesariamente ser transmitida á todos los Pontífices de Roma, sus sucesores. Pero este dogma es tan esencial, que con el mayor gusto vamos á darte, querido Teófilo, nuevas pruebas de la supremacia espiritual del Papa.

#### § I. *Eleccion de la silla de Roma.*

Después de haber los Apóstoles predicado en Jerusalem, dispersáronse á manera de valientes conquistadores por todo el mundo, con el fin de sujetarlo al imperio de su divino Maestro. Pero se hacia indispensable colocar en algun paraje *la cátedra de san Pedro*, al cual Jesucristo habia nombrado cabeza de sus Apóstoles y de su

Iglesia; era preciso escoger un lugar donde pudiese ejercer su supremacia espiritual. ¿Cuál será, pues, este lugar?...

Admira, hijo mio, la divina Providencia. Un puñado de bandidos habian construido sus cabañas entre el mar Tirreno y las cimas negruzcas de los Apeninos. Mientras abrian los cimientos de sus murallas, habian encontrado una cabeza ensangrentada, y les habia dicho el oráculo que *aquella ciudad seria la cabeza del universo*. Y en efecto, si hubiesen poseido aquellos hombres algun mapa, si hubiesen fijado la vista en aquel punto, y luego cogiendo el compás hubiesen tirado líneas de tres ó cuatrocientas leguas en todo el rededor, hubieran notado allí *el centro* de una infinidad de pueblos, de Europa, de Asia, de África, de todos aquellos, cuyos extremos baña el Mediterráneo; hubieran notado mas; hubieran notado que sin saberlo, fundaban *el centro de una gran civilizacion*.

Pero en lugar de un compás extendieron su mano de hierro al rededor suyo, y formaron un imperio, cuyos limites habian de ser el Océano, el Rhin, el Eufrates y el At-

las. Y después, al cabo de setecientos años, después de haber destruido la independencia de sus vecinos, estos pueblos, cargados de oro, de sangre y de despojos, fueron á deponer su fiero y altivo republicanismo en manos de un solo amo, del feroz *Neron*.

En tiempo de este emperador fue cuando deliberaba san Pedro dónde iria á fijar su silla; é inspirado por el espíritu Divino, escogió el Apóstol la ciudad en que reinaba un emperador, cuya sola mirada hacia temblar la tierra. En las gradas mismas de aquel trono, fue donde colocó el Príncipe de los Apóstoles su cátedra y buscó su independencia. Pero ¿qué independencia podrá encontrar en tal lugar, el que quiere fundar un reino mucho mas vasto que todo el universo?

Difícil parece, hijo mio, pero para Dios nada hay imposible; hé aquí la independencia que trajo consigo aquella independencia que no teme la muerte por defender la verdad; la independencia del martirio. Por espacio de tres siglos no hubo mas que uno ó dos Pontífices que muriesen de enfermedad natural, y aun fue porque cor-

rrieron para ellos mas los años que los verdugos. Así es que la primera corona que llevaron los Papas, fue la del martirio; su primera independencia la que da la muerte al que la desprecia.

Tal fue, amigo mio, por espacio de trescientos años la independencia espiritual del supremo pontificado. Pero ¿cómo podrá desarrollarse esta supremacia espiritual? ¿Con qué actos podrá manifestar la doctrina de que es depositaria, cuando la ley del martirio avasalla á toda la Iglesia? ¿No parece sino que se echó en olvido aquí el influjo de la divina Providencia, y se prescindió de las primeras reglas de la política? Pero no son unos mismos los juicios de Dios y de los hombres...

La obra de los Soberanos Pontífices debia ser mas auténtica y duradera, precisamente por esto mismo que carecian de medios con que afianzarla. Si hubiesen estado al abrigo de la púrpura imperial, y bajo la protección de los Césares, hubiérase dicho, hijo mio, que la Iglesia de Roma se habia hecho la mas poderosa porque estaba sentada en la capital del imperio. Pero al con-

trario, viniendo san Pedro á pié, y con un palo en la mano, para hacerse crucificar él y sus sucesores durante tres siglos, nada podia reclamar la influencia civil en el establecimiento del pontificado: era preciso que el pobre anciano encerrado en los sepulcros que pueblan los caminos romanos, y al que no podia uno acercarse sin llevar una contraseña, reinase sobre el mundo. Era menester que del seno de estas habitaciones de muertos mas que de vivos, fuesen obedecidas sus leyes. Tributósele este homenaje: *que su silla era la silla principal, y que él era el Príncipe de los pastores, y el obispo de los obispos.*

§ II. *Reconocimiento de la supremacia espiritual de los Papas.*

Nada hay en toda la Historia eclesiástica que esté tan invenciblemente demostrado, particularmente por la conciencia, que no entra jamás en disputas, que la supremacia monárquica del Soberano Pontífice. Es verdad que no ha sido en su origen lo que algunos siglos después; pero esto es lo que prueba precisamente su origen divino; por-

*que todo lo que existe legítimamente y por todos los siglos, existe al principio en germen, mas luego se va desarrollando sucesivamente.*

Bossuet ha explanado perfectamente este germen de unidad, y todos los privilegios de la cátedra de san Pedro, visible ya en la persona del primer poseor. « Pedro, dice este grande obispo de Meaux, « Pedro es el primero por todos estilos, el « primero en confesar la fe; el primero en « la obligacion de ejercitar el amor; el primero de todos los Apóstoles que vió al « Salvador resucitado de entre los muertos, « como tambien habia sido el primero en « afirmarlo delante de todo el pueblo; el « primero cuando fue preciso completar el « número de los Apóstoles; el primero que « confirmó la fe con un milagro; el primero « que convirtió á los jüdíos; el primero en « recibir á los gentiles; el primero en todo.

« Pero yo no puedo expresarlo todo: todo concurre á establecer su primacia; sí, « todo, hasta sus mismas faltas.... El poder « concedido á muchos lleva su restriccion « en su division misma, mientras que dado á « uno solo, es *sobre todos, sin excepcion* y ma-

«nifesta la plenitud.... Todos reciben el  
«mismo poder, pero no en el mismo grado  
«ni con la misma extension. Jesucristo em-  
«pieza por el primero, y en este desarro-  
«lla el todo.... para enseñarnos.... que la  
«autoridad eclesiástica, establecida desde  
«el principio en uno solo, no se ha distri-  
«buido sino con la estricta condicion de  
«conservar siempre su unidad y de que to-  
«dos cuantos la ejerzan se mantengan in-  
«separablemente unidos á la misma cá-  
«tedra.

«Esta es la cátedra tan celebrada por los  
«Padres de la Iglesia, en la cual han en-  
«salsado como á porfia *el principado de la*  
«*cátedra apostólica, el primer principado, el*  
«*origen de la unidad, y en la cátedra de san*  
«*Pedro, el grado más eminente de la dignidad*  
«*sacerdotal; la Iglesia madre que dirige to-*  
«*das las demás; la cabeza del episcopado de*  
«*donde dimana la direccion de su gobierno; la*  
«*cátedra principal, la cátedra única en sola la*  
«*cual todos conservan la unidad.*

«Con estas palabras se expresan san Opta-  
«to, san Agustín, san Cipriano, san Ireneo,  
«san Próspero, san Avito, Teodoreto, el

«concilio de Calcedonia y los demás con-  
«cilios; el África, las Galias, la Grecia, el  
«Asia, el Oriente y el Occidente todos jun-  
«tos.... Toda vez que entraba en los altos  
«designios de Dios el permitir que se le-  
«vantasen cismas y herejías, no podía dar-  
«se una constitucion, ni mas firme para sos-  
«tenerse, ni mas fuerte para abatir á aque-  
«llas. Con esta constitucion todo es fuerte  
«en la Iglesia, porque todo en ella es di-  
«vino y compacto; y como cada parte de  
«por si es divina, y divino tambien el lazo  
«que las une, de ahí nace que el conjunto  
«es tal, que cada parte obra con tanta  
«fuerza como el todo....

«Por esto han dicho nuestros predece-  
«sores.... *Que obraban segun san Pedro, por*  
«*la autoridad concedida á todos los obispos en*  
«*la persona de san Pedro, como á vicarios de*  
«*san Pedro, y han hablado así hasta cuan-*  
«*do obraban por su autoridad ordinaria y*  
«*subordinada; porque en un principio to-*  
«*da autoridad ha sido confiada á san Pe-*  
«*dro; y es tal la relacion que tienen entre*  
«*sí todas las partes del cuerpo de la Igle-*  
«*sia, y que lo que hace un obispo, segun*

«la regla y espíritu de la unidad católica, «lo hace también toda la Iglesia, todo el «episcopado, y el Jefe del episcopado.»

§ III. *Testimonios de los Padres en favor de la supremacía espiritual de los Papas.*

Apenas nos atrevemos, querido hijo, á citar hoy día los textos que de era en era, desde la cuna del cristianismo hasta el presente establecen del modo más incontestable la supremacía romana, pues son ya tan conocidos y sabidos de todos, que no parece sino que se citan para hacer gala de una vana erudición. Pero, ¿cómo dejar de dar, en una obra como esta, una rápida ojeada á estos preciosos monumentos de la más pura tradición?

Mucho antes de que se acabasen las persecuciones, y antes que la Iglesia, viéndose del todo libre en sus comunicaciones pudiese atestiguar sin sujeción sus creencias con un suficiente número de actos exteriores y palpables, *Ireneo*, que había estado en relaciones con los discípulos de los Apóstoles, citaba ya la cátedra de san Pedro como regla de fe, y confesaba este po-

der gubernativo hecho ya tan célebre en la Iglesia.

*Tertuliano*, exclama ya en el fin del siglo segundo: «Hé aquí un edicto, y un «edicto perentorio, dimanado del Soberano «Pontífice, DEL OBISPO DE LOS OBISPOS.» Este mismo Tertuliano que tan cerca se hallaba de la tradición apostólica, y que tanto ahínco ponía en recogerla, antes de que apostatase, decía: «El Señor ha dado las «llaves á Pedro, y POR SU MEDIO á la Iglesia.»

*Optato de Milevo* dice: «San Pedro ha recibido solo, las llaves del reino de los «cielos para entregarlas también á los demás «pastores.»

*San Cipriano*, después de haber referido aquellas inmortales palabras: «*Tú eres Pedro*, etc.» añade: «De allí dimana la ordenación de los obispos y la forma de la «Iglesia.»

Con no menor claridad se expresa san Agustín, instruyendo á su pueblo, y con él á toda la Iglesia: «El Señor, dice, nos «ha confiado su rebaño, porque lo ha confiado á Pedro.»

En la Siria, dice *san Efrén* á un simple

obispo: « Vos ocupais el lugar de san Pedro, » porque consideraba la Santa Sede como el origen del episcopado.

Partiendo de la misma idea, *san Gaudencio de Brescia* llama á san Ambrosio el sucesor de san Pedro.

*Pedro de Blois* escribe á un obispo: « Padre, acordaos de que sois el vicario del bienaventurado san Pedro. »

Y todos los obispos de un concilio de Paris declaran no ser mas que los vicarios del Príncipe de los Apóstoles.

*San Gregorio Niceno* confiesa la misma doctrina á la faz de todo el Oriente: « Jesucristo, dice, ha dado á los obispos por MEDIO DE PEDRO las llaves del reino celestial. »

Y cuando se ha visto expresarse en estos términos sobre este punto al África, la Siria, al Asia menor, y á la Francia, se prueba todavía mayor placer, oyendo declarar á un santo escocés del sexto siglo: *Que los malos obispos usurpan la silla de san Pedro.*

¡Tal y tan general era la persuasion en que se estaba de que el episcopado entero estaba, digámoslo así, concentrado en la silla

de san Pedro, de la cual emanaba! La Santa Sede misma tenia esta creencia. *Inocencio I* escribia á los obispos de África: « Ya sabeis lo que es debido á la silla apostólica de la cual dimana el episcopado y toda su autoridad... Cuando se suscitan cuestiones sobre cosas de fe, entiendo que nuestros hermanos, y coepiscopos solo deben remitirse á Pedro, es decir, al autor de su nombre y de su dignidad. » Y en una carta que escribe á Victor de Ruan, le dice: « Voy á empezar con la ayuda de san Pedro por el cual han empezado en Jesucristo el apostolado y el episcopado. »

*San Leon*, fiel depositario de las mismas máximas, declara que todos los dones de Jesucristo, han pasado á los obispos por medio de Pedro... á fin de que de él, como de la cabeza, se esparciesen los dones divinos por todo el cuerpo.

Complázcome antes que todo en reunir los textos que fundan la fe antigua sobre el grande axioma que tanta grima da á los novadores. Siguiendo luego por su orden los testimonios mas notables que se me ofrecen en la cuestion general, oigo prime-